

tancias y contradicciones; y arrostrándolo todo con un ánimo de que puedo honrarme, salí al encuentro del enemigo, emprendiendo mi marcha con un puñado de veteranos para esa ciudad, á la que llegué en principios de Octubre, aunque sin municiones, porque no hubo bagajes que las condujeran y llegaron después de un mes.

Las mismas escaseces y aun mayores que en México, la misma falta de todo han seguido desvirtuando aquí cuantas disposiciones he juzgado necesarias para la defensa del país. Luchando sin cesar y haciendo esfuerzos que superan á todo lo que pueda decirse, he logrado el reunir y formar un numeroso ejército, el mayor sin duda que ha tenido México desde que se hizo nación independiente y soberana. Faltaba artillería, y se ha improvisado una maestranza y fundición: faltaban proyectiles, en términos que en principios de Noviembre no había más que unas cuantas cargas de municiones: y hoy tenemos un tren considerable. Reapelado el patriotismo de todas las clases, de todas las personas: todo lo he puesto en movimiento para obtener los más pronto auxilios. Amenazada esta plaza de la próxima invasión del enemigo, dispuse y he activado su fortificación, que se prosigue con ahinco bajo la dirección del hábil director general de ingenieros. Más de catorce mil reclutas desnudos, he vestido y armado: se han comprado más de diez mil caballos; y se han construído monturas. Se ha procurado y se procura incesantemente que el soldado adquiriera el grado de instrucción y disciplina que tan indispensable es en el campo de batalla, y se le inspira aquel entusiasmo noble, aquel ardimiento con que se asegura la victoria al llegar á las manos con el enemigo. El Ejército, en fin, se ha organizado y se encuentra situado por divisiones y brigadas en diferentes puntos, según lo requiere la posesión del enemigo, y lo permiten las circunstancias del país. Todo está disponible, todo pronto para acudir al paraje á donde la gloria y el honor nos llaman.

¿Por qué, pues, esa detención en San Luis, dice esa parte hostil de la prensa? ¿Por qué, cuando el General enemigo recorre libremente y no con muy gruesas divisiones los Estados de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas, no se le sale al encuentro, ni se le estorba sus operaciones? Si el Ejército está allí bajo un pie respetable, si tiene la instrucción y disciplina conveniente, ¿en qué se detiene el General en Jefe que no avanza sobre el enemigo, le abate y le arroja del país? ¡Conciudadanos! Escuchadme sin prevención, y creed que nadie más que yo desea que luzca el día de gloria para la patria, de confusión y horror para sus injustos enemigos: pero por desgracia tan vivos como son mis deseos, son grandes las dificultades que se me ofrecen para realizarlos.

Á mi llegada á esta capital no era el Ejército lo que es hoy, según se comprenderá por mi relato: desde entonces se ha aumentado en más de tres cuartas partes de su fuerza. Yo no encontré aquí, ni había en otro punto, depósito de hombres, caballos, ni vestuario: me fué forzoso empezar desde traer la fuerza de los Estados y llenar los cuadros. El soldado no se improvisa, y todo el mundo sabe que la Ordenanza exige cuatro meses lo menos de instrucción, para que pueda hacer el servicio ordinario de una plaza en tiempo de paz. ¿Habría sido, pues, prudente, que por huír de la nota de inacción hubiera tomado la iniciativa y presentádome en el campo con un ejército bisoño en casi su totalidad, compuesto de hombres acabados de sacar de entre las ocupaciones domésticas? ¿No se me podía haber acusado después con más fundado motivo de haber expuesto á un peligro evidente el honor de las armas y la libertad del país, y aun habiendo cometido la imprudencia de operar con hombres y no con soldados? ¿No de-

bía preparar las municiones, reunir y recomponer el armamento, traer de todos puntos la artillería, y, en fin, acopiar todos los materiales de guerra?

Medítese esto imparcialmente, y después júzguese si merezco algún reproche. Formado así este Ejército, se ha conseguido por el empeño de los dignos Jefes de los Cuerpos, que los reclutas manejen el arma con desembarazo, que sepan hacer fuego y que se presenten con cierto aire de marcialidad que casi los confunde con los veteranos. Pero la completa instrucción que deben tener, es obra del tiempo y de los combates, porque no hay mejor escuela que el campo de batalla, y esa no he podido todavía proporcionársela, puede ser que no tarde mucho, y entonces se verá que no se ha perdido el tiempo, como se quiere decir. Pero no basta para asegurar la victoria á nuestras armas, que el Ejército que me honro de mandar, sea numeroso y disciplinado; no basta que se halle poseído del mayor entusiasmo por vengar los ultrajes que se han inferido á la Nación: esto es mucho ya, es verdad, pero no es todo lo que se necesita. Llenos de fuego y ansiosos de gloria los intrépidos republicanos del Ejército de los Alpes, nada habrían hecho, si en vez de encontrar las bellas y fértiles campiñas de la Italia, se les hubieran ofrecido áridos desiertos que atravesar en medio de la desnudez horrorosa en que se encontraban. No se les dió socorro por lo pronto, pero su joven General desde las nevadas cumbres de los Alpes les señalaba las ricas ciudades que serían presa de su valor, y ellos veían con avidez y con asombro los magníficos palacios á donde podía conducirlos la victoria. Ellos iban á conquistar un país extraño en donde todo se apropiarían, y nada les haría falta. ¿Es esa por ventura la perspectiva que se ofrece al soldado mexicano? Tiene que caminar en su propio país, y está obligado á respetar las casas y bienes de sus conciudadanos, que cabalmente se prometen de él, y aguardan, amparo y protección. No es un país enemigo por donde ha de transitar el Ejército, en donde haga suyo todo lo que encuentre, y con ello, satisfaga las más apremiadoras necesidades. Y dado que eso fuera, ¿hay alguno que no conozca el terreno que desde aquí media las posiciones que ocupa el enemigo? Desierto casi todo, no ofrece, no ya abrigo contra la intemperie, pero ni la agua suficiente en algunos parajes para los hombres y los caballos: si nos hemos de poner en marcha, si hemos de avanzar, es preciso allegar víveres y situar convenientemente los depósitos, en donde estenuado por el hambre y la fatiga, el soldado encuentre lo que haya menester para vivir: sin eso, imposible parece que el Ejército emprenda la marcha. Y ¿se ha hecho algo, se ha tomado con respecto á un asunto tan principal alguna providencia, á pesar de mis continuas reclamaciones? Doloroso es decirlo, mexicanos, pero no puedo por más tiempo callarlo; nada se ha hecho, nada se ha dispuesto; y lo que es peor, no veo que se trate de hacer algo para remediar esas faltas. Por una fatalidad que pesa sobre el Ejército, al mismo tiempo que se le exige que vaya á derramar su sangre en defensa de la patria á lejanos terrenos, se le tiene desnudo y entregado á la más espantosa miseria, hasta el grado de faltarle hace ya más de veinticinco días con que satisfacer el rancho que se saca por lo mismo fiado. Los heroicos defensores de Monterrey, heridos y mutilados por las balas enemigas, ó enfermos por las penalidades de la campaña, yacen poco menos que abandonados, sin abrigo, sin más auxilio casi que los que la caridad y el patriotismo les ministran, sin que sea dado hacerles más llevaderas sus penalidades, á pesar del celo del Cuerpo Médico Militar.

No hay en esto, conciudadanos, exageración; yo invoco el testimonio de las autoridades de este Estado, y el de los habitantes todos de San Luis Potosí: desde el 25 del pasado Diciembre apenas se ha podido socorrer á la tropa con dos días de paga que más

habría servido para cubrir compromisos pasados, que para satisfacer las necesidades presentes. De 400,000 pesos que importó el presupuesto mensual, no se recibieron de México en todo Diciembre más de \$175,000 y nada por el presente mes: y para ayudar á cubrir en parte las urgencias, tuve que empeñar mi crédito personal por la cantidad de veinte mil que se me prestaron con hipoteca de mis bienes, los que fueron luego remitidos á la división de observación situada en Tula. ¿Puede emprender en medio de tanta miseria el Ejército algún movimiento? Lejos, muy lejos estoy de insinuar que el valor del soldado mexicano depende de la subsistencia que el país le debe: pero se ofrecen dificultades que nos es imposible superar aunque se nos supusiese dotados del más heroico esfuerzo. Yo creo, como dice un General español, contemporáneo, de no poca nombradía y experiencia: "que no se puede hacer fuego sin cartuchos; combatir en terrenos ó situaciones que obliguen á abandonar en el campo los heridos por no tener ni adónde, ni en qué transportarlos; racionar las tropas cuando no hay raciones; pagarlas cuando no hay dinero, y no hay remedio, añade: sin comer no marchan, ni combaten los soldados, por buena que sea su voluntad, grande la capacidad de los jefes y apremiadoras las excitaciones del Gobierno."

Esa es, como acaba de pintarse, la situación de este Ejército, valiente, entusiasmado, y sufrido como ninguno del mundo, que se sacrificará con sus jefes por el honor nacional: lo desea; y si pide socorros, más que por satisfacer sus necesidades, lo hace por aproximarse al enemigo, por reivindicar su buen nombre y con él la gloria y la libertad de la Nación á que pertenece. No es ya la justicia la que origina sus reclamaciones, no: lo que pide es que se le facilite campo para mostrar hasta dónde llega el amor á su país. Me es grato consignarlo así en esta ocasión solemne, para que el mundo todo se penetre de los loables y nobles sentimientos que distinguen y hacen tan recomendable al soldado mexicano, digno por ello de la consideración y aprecio de sus conciudadanos.

Inútiles han sido hasta hoy cuántas diligencias he hecho, cuantos pasos he dado para que se remitan los fondos necesarios. Notas sobre notas, casi diariamente, exposiciones repetidas de la espantosa miseria que sufren estas beneméritas tropas, súplicas, todo lo he empleado: los resultados de todo, estériles promesas y remotas esperanzas que temo no se realicen, ó que lleguen cuando ya no hay remedio. Creo que con esto habré llenado mis deberes, porque á mí no me toca proponer los medios de proporcionar los recursos que se necesitan, y únicamente diré, que si como pienso y creo que quiere la Nación, se ha de llevar adelante la guerra, es preciso que se tenga muy presente que de nada sirven esos pequeños auxilios que de cuando en cuando se remiten, porque si alcanzan á cubrir las necesidades del día, no nos son suficientes para fundar un cálculo ni basar remotas operaciones; que un Ejército en campaña gasta más que en guarnición, en tiempo de paz. Con atención á esto, y muy particularmente á lo que reclama el honor de la Nación, burlada en sus pactos, despreciada y escarnecida por el Gabinete y pueblo de la República vecina, es cómo en mi concepto se ha de pensar el arbitrase los recursos, porque la cuestión es de ser ó no ser: y si los que pueden hacerlo, no se prestan á auxiliar al Ejército, único apoyo que hoy tiene la patria, se exponen á perderlo todo con la independencia, y legar á la posteridad un nombre de ignominia.

¡Compatriotas! Yo habría omitido el presente al presentaros un cuadro como el que acabo de trazar, que sé que ha de cubrir de amargura vuestros corazones: pero me encuentro precisado á daros parte de cuanto ocurre: ocultároslo sería un crimen. Yo no acuso á nadie, ni contra nadie me dirijo: pero no puedo consentir en que padezcan el

honor del Ejército y el mío, cuando en ninguna época de nuestra historia se ha hecho más acreedor aquél por sus virtudes y sufrimiento, á la estima de todos los mexicanos. Rechazamos pues con indignación los cargos que algunos ignorantes ó malvados nos formulan de falta de actividad, de valor y patriotismo. No: el Ejército y sus jefes arden por rechazar la agresión ó por morir en la demanda, legando á las venideras generaciones un alto ejemplo que imitar: si no han cumplido ya su generosa promesa, otros, como veís, no ellos, son los culpables.

Por lo que á mí toca, repetiré por última vez, mexicanos, que tengo presente, que la Nación me llamó para defenderla en la presente lucha, para libertarla y restituirla su honor y gloria, ó para perecer con ella: esto es cuanto deseo, y no quiero ni pretendo más. Pero si por mi desgracia no se diese crédito á mis palabras, si contra lo que es de esperarse alguno me creyese todavía capaz de faltar á ella, y á lo que debo á mi nombre, yo contestaré con los hechos. Dígame si se quiere, que entregue el mando del Ejército y lo cumpliré, aunque me sea costoso perder la más bella ocasión que se me haya podido ofrecer para adquirir un nombre inmortal: porque cuando se trata de mi patria, de su felicidad y gloria, nada hay, nada que me sea difícil. Yo me retiraré, si se cree útil, no á reasumir el poder que se me ha conferido hace bien pocos días, pues ya he dicho más de una vez, y públicamente, que no apetezco mas empleos ni otros honores que el de salvar á mi patria en la actual guerra con los Estados Unidos, y que lo grado que sea, me retiraré al hogar doméstico, de donde no habrá poder humano que me arranque para volver á la vida pública: me retiraré al seno de mi familia á disfrutar de algún reposo, después de una existencia tan azarosa y agitada como lo ha sido la mía. Y si todavía no se juzgase bastante esa mi abnegación, si mi presencia en el suelo que me vió nacer se estima peligrosa, iré á buscar en tierra extranjera un asilo para mis últimos días, desde donde haré sin cesar votos por la felicidad y engrandecimiento de mi patria. Distante, muy distante está de mí toda otra ambición menos noble y legítima: porque desengañado de lo que valen el poder y las distinciones, sólo ha quedado para mí un verdadero placer, el de merecer y conservar el aprecio y estimación de mis conciudadanos.

Cuartel General de San Luis Potosí, Enero 28 de 1847.—*Antonio López de Santa Anna.*

EL VICEPRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS, A SUS HABITANTES.

En los momentos más críticos para la Patria, cuando en el campo de batalla se juega la independencia de México, y cuando en Veracruz está para estallar el cañón del enemigo, atacando aquella plaza, que bien puede llamarse la llave que abre las puertas de la Capital, entonces se ha venido á trastornar el orden público, frente á frente de los Poderes de la Nación, impidiendo con tan singular osadía preparar la defensa de los más caros derechos de un pueblo libre.

¿Qué se quiere, mexicanos? Preguntad á esos rebeldes que han alzado el estandarte de la revolución, cuáles son los motivos que los impelen á clavar en el seno de la República el envenenado puñal de la muerte y de la ignominia, y ellos os responderán, como han asegurado en el art. 1.º de su plan fratricida, que los Poderes Legislativo y Eje-